EL ESPADON EN LA NOVELA

Don Ramón María Narváez fue una importante personalidad. Desde 1843, en que capitaneó el movimiento político-militar que derribó a Espartero, hasta 1868, en que murió siendo jefe de Gobierno —esto es, durante veinticinco años—, desempeñó un papel capital como jefe del Ejército, presidente del Gobierno o figura de la oposición.

Donoso Cortés afirmó en 1849: «Narvácz es la columna que sostiene el edificio; el día en que la columna caiga, el edificio entero se desplomará...» (1).

De lo que fue y significó nos hablan los contemporáneos que legaron a la posteridad sus memorias: el general Fernández de Córdova, el marqués de Miraflores, don Ramón de Santillán (2). Todo y todos, en tiempo de Narváez, se movieron en relación con él: a favor, en contra, a su alrededor. De cerca o de lejos, positiva o negativamente, influyó de modo decisivo y durante un cuarto de siglo en la vida de España.

El fenómeno resulta, a primera vista, desconcertante. La importante personalidad de Narváez ha producido una escasísima historiografía. Los estudios a él dedicados directamente se cuentan con los dedos de una mano (3), aun prescindiendo de distinciones sobre la extensión, el carácter y la valía de lo producido.

Y hay que partir de esa realidad: Narváez, sin historia, quedó para nosotros entre la leyenda y la literatura.

Compartió la suerte de otros hombres de su tiempo; pero fue el de Narváez el caso cumbre. Su muerte precedió —y permitió— el hundimiento de su mundo y la victoria de todos sus adversarios en 1868.

---

(1) DONOSO CORTÉS: *Obras*, Ed. G. Tejado, vol. II, Madrid, 1904: Carta del 17 de septiembre de 1849, p. 651.

(2) FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, marqués de Mendigorría: *Mis memorias íntimas*, 3 vols., 1886, 1888, 1889. MARQUÉS DE MIRAFLORES: *Memorias del Reinado de Isabel II*, 1.ª ed. Madrid, 4 vols., 1843-1873. (Edición posterior de la BAE, tomos CLXXII, CLXXIII y CLXXIV, Madrid, 1964. En el texto se manejará esta edición. RAMÓN DE SANTILLÁN: *Memorias: 1815-1865*, 2 vols. Pamplona, 1960.

(3) La obra anónima, *Historia política y militar de Narváez*, no pasó del primer volumen, publicado en Madrid, año 1849. *El paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez*, escrito por MARTÍNEZ VILLERGAS y publicado en 1851, es un escrito polémico, carente de valor histórico. «El duque de Valencia. El programa, las tendencias y las vicisitudes del Partido Moderado», es una conferencia de Andrés Borrego, pronunciada en el Ateneo de Madrid, y publicada en *La España del Siglo XIX*, 3 vols. 1886. JOSÉ y MANUEL PRADOS LÓPEZ publicaron, en 1952, *Narváez, «el Espadón» de Loja* (Burgos, Aldecoa). ANDRÉS REVESZ publicó, en 1953, *Un dictador liberal: Narváez*. REVESZ tiene razón al asegurar que escribe la primera vida o historia completa de Narváez.

La leyenda se consolidó y dio por resueltos cómodamente los problemas históricos de la figura. El general Narváez quedó reducido a «el Espadón» de Loja. El examen de los fundamentos de la leyenda —que los tuvo, incuestionablemente— pertenecía al estudio histórico que no se emprendió.

La leyenda cerró tras él las puertas de la Historia. Y hubo de abrírselas la literatura. Narváez fue personaje de las creaciones novelescas que revivieron el siglo XIX: los *Episodios Nacionales,* de Galdós; las *Memorias de un hombre de acción,* de Baroja; *El ruedo ibérico,* de Valle-Inclán (4).

Cuando murió, un escritor famoso y enemigo enconado, amparado en el anónimo —que no neutralizaría la denuncia del estilo—, le dedicó un soneto entre los *Consejos a un peregrino,* que, en realidad, aconsejaba una actitud definitiva a la posteridad:

Si alguna vez de Loja en el camino,
Hallas un calañés puesto en el suelo
A la sombra de un sauce o de un ciruelo,
Triste morada de gorrión dañino,

Detén un poco el paso, peregrino,
Que allí reposa ya, gracias al cielo,
El héroe de más rumbo y menos pelo
Que gobernó la España a lo argelino.

Guerrero sin combates, mas con suerte,
Fue la lujuria su adorada Diosa
Y entre gula y lujuria halló la muerte.

Si hacer quieres por él alguna cosa,
Levanta el calañés, escupe fuerte,
Reza un responso y cágate en la fosa.

Era lo procedente respecto al Narváez aceptado a partir de su muerte y sin mayores reparos. Estaban de más las preocupaciones y las investigaciones históricas. Que tal hombre hubiese sido una primera figura en España durante un cuarto de siglo constituía una vergüenza más de nuestra historia contemporánea, admitida, como otras, por causas y a efectos diversos.

Pero ese personaje no servía ni podía ser admitido sin más en la literatura. La novela que revivía el siglo XIX español necesitaba de un Narváez distinto al *acabado* de la leyenda: más real, más complejo, más interesante. Lo buscaría por sus propios medios: los de la creación literaria. Esta —ya se dijo— le abrió las puertas de la Historia.

(4) El *Narváez,* de GALDÓS, es de 1902. *Las furias,* de BAROJA, está fechada en 1921. *La Corte de los Milagros,* de VALLE-INCLÁN, se publicó en 1927.

Necesitamos ahora de la novela para acercarnos a Narváez. Nos bastará el manejo de tres escritores, familiares para todos. Ellos —atendida la diversidad de la obra— nos pondrán en camino.

El amor y el odio del Narváez joven: Baroja

No hay duda sobre lo que Baroja quiso hacer al trazar las *Memorias de un hombre de acción*, inspiradas por la vida de don Eugenio de Aviraneta: «... yo no me he propuesto de pronto —afirmó don Pío (5)— escribir novelas históricas. No. A mí lo que me ocurrió es que me encontré con un personaje, pariente mío, que me chocó, me intrigó y me produjo el deseo de escribir su vida de una manera novelesca». En otra ocasión aludió al trabajo que le exigió la obra: «Sería cosa muy larga de contar todos los caminos que he seguido para buscar datos acerca de mi personaje y de la época» (6). Agreguemos una tercera verdad: exceptuada la simpatía —explicable y necesaria— hacia Aviraneta, todo fue enjuiciado por Baroja con su independencia personal y originalísima.

Narváez aparece ahora en Arcos de la Frontera, al día siguiente del encuentro de Majaceite, en que, al mando de la división de vanguardia del ejército liberal, ha alcanzado y derrotado a las fuerzas expedicionarias carlistas, mandadas por otro militar andaluz, don Miguel Gómez Damas.

Está en Arcos don Eugenio de Aviraneta, intendente —ministro de Hacienda— de una división de la Milicia Nacional. Aviraneta ha organizado en Jerez de la Frontera un hospital de sangre, en el que han sido atendidos los heridos de la batalla. Aviraneta es, para quien lee, el narrador.

Está en Arcos don Manuel Cortina, sevillano, que será figura famosa del foro y de la política, y que comparece ahora en el Estado Mayor de la división de la Milicia.

Está el brigadier Narváez. Tiene treinta y siete años. Manda la división de vanguardia victoriosa. Aviraneta le ve «emborrachado por el éxito».

Está también el teniente coronel Ros de Olano, jefe de Estado Mayor de la división de vanguardia, amigo de Narváez y de Aviraneta. «Ros de Olano —dice don Eugenio— era hombre de gracejo; había leído mucho; sabía francés, inglés y creo que alemán.»

---

(5) Pío Baroja: *Memorias*, Madrid, 1955: 1270-1271.
(6) Pío Baroja: *Aviraneta o la vida de un conspirador*, 2.ª ed. Madrid, 1931: 19.

Después de cenar en el palacio de los duques, Ros de Olano, Aviraneta y un capellán —Suñer de apellido— hablan, en un pequeño café, de Narváez. Y en definitiva oyen hablar de él al teniente Matamoros.

El teniente Matamoros era muy feo: «cuando se miraba al espejo, él mismo se asustaba». A la cantinera que le rechazó por feo le contestó: «Sí, pero soy muy gracioso.» El teniente Matamoros tenía ahora cuarenta años; era de Loja y conocía a Narváez desde la escuela.

Matamoros habla del escudo que los Reyes Católicos otorgaron a Loja: el castillo y el puente, las dos montañas, la cadena y la llave dorada. Y este mote: «Loja, flor entre espinas.» «Este mote de la ciudad —dice Matamoros— le viene como de perlas al brigadier don Ramón Narváez, porque mi paisano es también así, flor entre espinas...»

De estudiante en Granada, antes de ser cadete, Narváez conoció a una joven aristócrata: Juanita Ponce de León. Juanita procedía de Arcos y era pariente del duque. Narváez la galanteó en vano, porque ella tenía ya relaciones con Alfonso Pérez del Pulgar, granadino, noble, de poca fortuna.

Pérez del Pulgar y Narváez se encontraron luego como cadetes en el regimiento de Guardias Valonas. El odio entre ambos fue acrecentado por las diferencias políticas: Narváez era constitucional; Pulgar, absolutista. Así se enfrentaron en la jornada del 7 de julio de 1822.

Tras el triunfo del absolutismo, y desde 1824, Narváez vivió retirado en Loja. Pulgar, ya casado, estaba de guarnición en Granada. Cuando Narváez iba a Granada le veía con Juanita en el Salón y en la Bomba, los paseos granadinos.

El odio de Narváez se extendió a toda la familia Pulgar. Un día impidió al padre de Alfonso que jugase en la mesa donde él estaba; tiró al aire la bolsa de la postura y afirmó: «Donde yo estoy no apuntan los realistas.»

La guerra los enfrentó. Narváez servía en la Plana Mayor de Espoz y Mina. Pérez del Pulgar estaba en las filas de Zumalacárregui.

Narváez le invitó varias veces a batirse con él. Cuando Narváez recibe el mando del regimiento de la Princesa, ambos son coroneles en sus ejércitos.

La historia alcanza una situación límite; los regimientos que mandan Narváez y Pulgar se enfrentan en la batalla de Mendigorría. «Narváez, saliéndose de las filas, se lanzó contra su enemigo.» El general Luis Fernández de Córdova, le preguntó luego con sorna: «¿Es que querías hacer retroceder solo a todo el ejército carlista?» Era un odio acumulado que Matamoros va calificando de «tremendo», de «terrible», de «furibundo»...

«Al día siguiente de esta batalla (de Mendigorría) —sigue narrando Matamoros—, al recoger los muertos, se supo que un coronel enemigo había quedado en el campo: era Alfonso Pérez del Pulgar.» Un soldado entregó al coronel Narváez las armas, el uniforme y un paquete de cartas que había recogido. Doña Juanita vivía en Arcos y pasaba apuros porque las pagas de los militares carlistas no llegaban con puntualidad.

Narváez hizo un paquete con las cartas, el uniforme y la espada del coronel Pérez del Pulgar; añadió su paga, que había cobrado en billetes, y todo se lo envió a doña Juanita. «Narváez —concluyó Matamoros— olvidó en seguida su odio y hablaba de su antiguo rival con simpatía.»

Pero la historia había tenido un epílogo inesperado en aquel mismo día de la narración de Matamoros. Ros de Olano lo cuenta a Aviraneta en la noche, bajo la luna, ante el convento de las franciscanas de Arcos: «En este convento está, desde la muerte de su marido, Juana Ponce de León.» Al saberlo, por la mañana, Narváez había querido visitar a la viuda, hablar con ella y darle detalles de la muerte de su marido. Ante la resistencia de la superiora, había amenazado: «¡Señora!..., si no lo autoriza usted, soy capaz de asaltar el convento con mis tropas.»

Narváez se impuso. Doña Juanita apareció tras la reja del locutorio con el velo echado. A la narración de Narváez sólo respondió con monosílabos. Narváez acabó suplicándole que le dejase ver un momento su rostro. La superiora accedió, tras advertirles —a Narváez y a Ros de Olano—:

> —Sor Teresa (doña Juanita) está enferma: ha envejecido mucho, y no quiere que la vean ustedes así...
>
> La monja... se levantó el velo —continúa Ros de Olano— y vimos una cara tan vieja, tan arrugada y tan macilenta, que yo quedé extrañado y Narváez atónito. Salimos a la calle los dos sin despedirnos de nadie.

(Aviraneta supo días después la verdad. Doña Juana, que tenía unos veinticinco años, seguía tan guapa como antes. La superiora «había dado el cambiazo» y presentado a los visitantes una monja vieja y enferma.)

Horas antes, en el palacio de los duques, Narváez y Aviraneta habían discutido agriamente. «Narváez —cuenta Aviraneta— me replicó con extremada violencia, con su fraseología andaluza, plagada de brutalidades y de groserías. Me hubiera retirado a no haber intervenido varias veces Ros de Olano...»

Pasó la noche. Los toques de corneta despertaron a Aviraneta, que presenció desde el balcón la animación de la plaza y la formación de la tropa. Narváez y Ros de Olano entraron a despedirse de él. El Narváez violento y grosero de la víspera era otro.

> —Aviraneta —me dijo Narváez—, sé quién es usted, lo que ha sufrido, la situación en que se encuentra. Si me necesita usted alguna vez, cuente usted conmigo.
>
> —Gracias, brigadier —repuso Aviraneta.

Luego le vio montar a caballo en la plaza y bajar la cuesta rodeado por Ros de Olano, Silva y Mayalde. Tocó la música, la columna se puso en marcha y se alejó por la carretera. El pueblo quedó vacío.

Aviraneta concluye:

> Yo pensé en aquel hombre violento y fiero, y se me ocurrió, como al teniente Matamoros, que le venía muy bien la leyenda antigua de su pueblo: Loja, flor entre espinas (7).

He aquí, pues, un Narváez novelado, distinto y más complejo que el de la leyenda. La desgracia —la muerte— de su mayor enemigo cambia el odio en piedad y en simpatía; cae en un fácil engaño que pone fin al apasionamiento amoroso; basta el curso de una noche para mudar su ira en afectuosidad.

La intimidad del gobernante: Galdós

¿Dónde nace el Narváez de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales?* (8).

> Sobre Narváez —escribe Regalado (9)— Galdós se pudo informar en la anónima *Historia militar y política de Narváez,* Madrid, 1849, y en el estudio de Andrés Borrego en la *España del siglo XIX,* además de otras obras generales sobre la época.

La posibilidad respecto a esas dos obras —única afirmación de Regalado— es incuestionable. Lo es también el recurso a otras obras de carácter general que don Benito tenía en su biblioteca (10).

---

(7) Pío Baroja: *Memorias de un hombre de acción. Las furias,* Madrid, agosto de 1921. En *Obras completas,* vol. III, Madrid, 1947: 1198-1295.

(8) Los diez *Episodios* de la cuarta serie se publicaron desde marzo de 1902 a mayo de 1907. El titulado *Narváez* apareció —según se dijo— en 1902.

(9) Antonio Regalado: *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española.* Madrid, 1966, p. 426, nota 21.

(10) En su biblioteca —según el estudio de Berkowitz, Las Palmas, 1951— estaban las obras de Fernández de los Ríos y Rico Amat; las de Cantú y Hugo; las Memorias de Alcalá Galiano, Augusto Comte y Fernando Fernández de Córdova; el Manifiesto de Narváez en respuesta a Espartero y el *Examen crítico-filosófico: Revolución de mayo de 1843,* de Ordax Avecilla.

Pero es indudable, por otra parte que Galdós no dispuso, respecto a Narváez, de un estudio monográfico como los manejados en relación con Zumalacárregui, Espartero o Prim. Tuvo, en cambio, dos fuentes de conocimiento importantes.

Cualquiera fuese la fecha de su llegada a Madrid (11), Galdós vivió el último Gobierno Narváez y la polémica en torno al personaje, vivo y muerto, que reproduce muy vivamente en los encontrados pareceres de las figuras de los *Episodios.*

La otra fuente fue una figura del *Episodio,* que informa al protagonista, José Fajardo, y que informó a Galdós sobre la intimidad de Narváez: el general don Eduardo Fernández San Román. San Román era hombre de muchos y buenos libros —véase su legado a la Academia de la Historia—, historiador concienzudo —léanse sus *Campañas del general Oraa*—. Diputado y senador, titulado bajo la Restauración (1878), archivo viviente, San Román trató a Galdós y realizó con él la tarea informativa que cumple en el *Episodio* cerca del marqués de Beramendi.

Galdós sitúa a Narváez en vísperas del «Ministerio Relámpago». Le supone enterado de lo que se trama. (Según veremos en su momento, Narváez, secretamente advertido, no creyó en el anuncio y fue excepcionalmente sorprendido por el acontecimiento.) La anécdota que Galdós imagina encierra una típica advertencia del Narváez gobernante a sus adversarios. En realidad, siempre procedió de ese modo: notificando previamente a los enemigos que conocía sus planes y que estaba prevenido.

La actitud de Galdós, en principio y por principio, no podía ser favorable al «Espadón». Pero su honesto liberalismo permitió, respecto a Narváez, la diversidad de pareceres de los personajes del *Episodio,* que reproducía —según va dicho— la realidad que conoció.

José Fajardo —personaje capital de la cuarta serie— se ha casado con María Ignacia, hija de los poderosos señores de Emparán. Así es rico, y llega a ser marqués de Beramendi.

José Fajardo, marqués de Beramendi, es hijo de padre provinciano «y moderado acérrimo». Fiel a la orientación paterna, asiste a la tertulia del conde de San Luis, como diputado en ciernes.

Recién casado, apenas vuelto del viaje de novios, advierte —haciéndolo observar a su mujer— que los suegros, los señores de Emparán, son «carlistones», «carlinos», «beatos», «convenidos», «absolutistas». No sabe bien lo que significa la presencia y la presidencia en la tertulia

(11) GALDÓS escribe que llegó a Madrid «el 63 o el 64». Para BERKOWITZ, en su conocida obra sobre Galdós, pudo ser en septiembre de 1862.

casera del conde de Cleonard. No se percata bien de alguna cosa grave que en esa tertulia se dice y que María Ignacia le comunica. Ambos saben que en todo ello juega la animadversión a Narváez.

José Fajardo no se acuerda de los Socobio ni de Eufrasia —una pasión desvanecida— y, en realidad, ignora el complot en que participan los Socobio y los Emparán.

Un buen día —29 de mayo— le visita su excelente amigo Eduardo (Fernández) San Román, «el brigadier más joven del ejército», gran amigo de Narváez, que «le ha hecho diputado por Loja, su pueblo, que es como hacerle de la familia...» El jefe del Gobierno quiere conocer al marqués de Beramendi, y San Román lo llevará ante él: «será una simple presentación de confianza —le dice el brigadier— por la mañana, cuando el general, no vestido aún o a medio vestir, y quizá tomando el chocolate, recibe a sus más íntimos amigos».

Así, una mañana, José Fajardo, marqués de Beramendi, se presenta en la Inspección de Milicias, vivienda de Narváez cuando es presidente. San Román y un ayudante de Narváez le conducen, a través del rompecabezas de un pasillo con dobleces, a un aposento grande y claro.

Entró Beramendi en la habitación en el momento en que Narváez salía por una puerta frontera en mangas de camisa, como «un toro saliendo del toril». Narváez voceaba y tocaba una campanilla, llamando a Bodega —el viejo soldado servidor del general y ahora su ayuda de cámara y mayordomo—, sin hacer caso del visitante, al que se limitó a decir: «Dispense usted, pollo.»

Beramendi registra sin proponérselo la evolución del tono de Narváez en relación con el impasible Bodega. Cuando entra, al fin, con el chocolate, le tira la campanilla y le grita: «Ahora te lo tomas tú, arrastrado... Llévatelo o te lo tiro a la cabeza.» Luego, metido en conversación, habla de otra manera al ayuda de cámara, que reaparece: «Bodega, hijo, ¿qué haces que no te llevas ese chocolate maldito?» Después, cuando, «con severidad tutelar», Bodega corrige un fallo de la memoria, Narváez asiente con naturalidad: «¡Oh!, sí; tienes razón...» Más tarde, en el almuerzo, Bodega recuerda la norma ante una petición del Borgoña del año 4: «El Borgoña se guarda para las comidas de etiqueta.»

No fue menor la naturalidad con que Narváez había cortado la bronca a Bodega e iniciado el diálogo con Beramendi:

> — Volviéndose a mí —cuenta Fajardo— me señaló un sofá, a punto que él también se sentaba, y me dijo:
>
> —Dispense, pollo, que le reciba con esta confianza... Voy a decirle con qué objeto me he tomado la libertad de llamarle...

El lector puede sufrir un primer desconcierto si no advierte el supuesto en que Galdós se apoya. Narváez sabe todo lo del complot que producirá el Ministerio Relámpago, pero no quiere ni necesita decirlo todo. Entre otras razones, porque cree que Fajardo lo sabe también. Pero Fajardo no sabe nada. Entre la ingorancia de Fajardo y la creencia de Narváez, el diálogo se hace imposible y se desliza hacia un monólogo del jefe de Gobierno.

El planteamiento de Narváez es extenso, pero muy abierto desde el comienzo:

> —Pues quería decir a usted lo siguiente: en su casa, en la casa de los señores de Emparán, se conspira de un modo descarado contra mí... No, no me lo niegue. Con usted no va nada. Tengo de usted la mejor idea... Mi objeto al llamarle no es pedirle que me cuente lo que se habla en su casa. Ni yo acostumbro apelar a esos medios, ni usted, que es un joven pundonoroso, de gran talento, según me dicen, se había de prestar a un espionaje de tal naturaleza... No, no: mi objeto es tan solo pedirle que haga entender a su familia que Narváez no está ignorante de lo que se trama contra él, y que se halla dispuesto a *meter mano* a todo el que perturbe, sin distinción de pobres y ricos...

Ante el desconocimiento en que asegura hallarse Fajardo, Narváez inicia una serie de noticias y de preguntas:

> —Ahora resulta que este pollo cándido y honesto no se entera de nada. ¿No sabe que Eufrasia y una tal Rafaelita, hija de uno que fue jefe político en tiempo de Espartero, son los correos de gabinete que llevan a la casa de Socobio y al palacio de usted las órdenes de otra casa más grande?

Las negativas de Fajardo no impiden un primer desahogo de Narváez contra las conspiradoras:

> —Como me llano Narváez, que no quisiera morirme sin coger un barco viejo, de los más viejos que tenemos en los arsenales, y llenarlo de estas viejas beatas... y mandarlo bien abarrotado de ellas... ¿qué Canarias, ni que Filipinas?... ¡A las islas Marianas!

El otro desahogo muestra su exasperación de gobernante y de ex combatiente liberal:

> —Parece que aquí todos están locos: locos los de abajo, locos los de arriba y los de más arriba... A veces, metido yo en mí mismo, me pregunto: ¿Pero seré yo solo el cuerdo entre tanto tocado, y mi papel aquí el de rector de un manicomio?... ¡España y los españoles! ¡Vaya una tropa, compadre! Aquí, el Gobierno no halla día seguro: aquí es imposible acostarse sin pensar: ¿Qué absurdo, qué disparate nos caerá mañana?... ¡Ay, pollo! Usted no es militar, usted no ha hecho la gue-

rra peleándose con otros españoles...: usted no se ha metido hasta la cintura en ríos de sangre. Y todo ¿para qué? Para que a la vuelta de unos años de lucha y de otros tantos de celebrar la victoria con himnos y luminarias, nos encontramos como el primer día..., ni más ni menos que el primer día, creyendo... que aquí no ha pasado nada...

El desahogo de Narváez termina volviendo a los poderosos, a quienes quiere advertir:

—Que me busquen el genio y verán... Las contemplaciones tienen un límite. O gobierno como se debe gobernar, o me voy a mi casa. Tener fama de duro y no serlo es gran tontería. Exigirme que lleve a todo el mundo derecho, ir yo más derecho que nadie, y que se me tuerzan los que a todos deben darnos ejemplo, es fuerte cosa...

Cuando José Fajardo, marqués de Beramendi, abandona la Inspección de Milicias, se dice:

—Saco la impresión de que es un hombre de tanta voluntad como inteligencia: pero le falta el resorte que hace mover concertadamente estas dos preciosas y fundamentales piezas del mecanismo anímico.

También este Narváez es más complejo que el de la leyenda.

Coincide con el de Baroja en el rápido abandono de su famoso furor: con Aviraneta bastó el transcurso de una noche; con Bodega, el curso de unas horas en la mañana.

Como jefe de Gobierno aparece en duelo con las fuerzas políticas y sociales que fían en el conde de Cleonard. Un hombre tan moderado como Santillán escribió:

El Conde (de) Cleonard, ministro de la Guerra en el Ministerio de que yo formé parte en 1840, nos dio en aquella ocasión demasiadas pruebas de sus cortos alcances como hombre de Estado y de no mucho mayores como militar, si bien era un cumplido caballero de gran probidad y religioso hasta el fanatismo. Sus opiniones en política eran puramente absolutistas (12).

La posibilidad —la actividad— de Cleonard produce la exasperación de Narváez, que piensa en la inutilidad de la guerra civil y de la victoria liberal.

Por otra parte —como ya se dijo—, el Narváez de Galdós, plenamente informado, advierte a sus enemigos: quiere que renuncien a sus planes, porque no desea esa lucha, aunque esté seguro de dominarla, y en todo caso abandona la ventaja de la sorpresa en la posible acción de gobierno.

---

(12) RAMÓN DE SANTILLÁN: *Memorias*, II: 118.

Ni podemos ni necesitamos entrar aquí en problema alguno de los suscitados por la persona y por la obra de Valle-Inclán, excelentemente estudiados en el centenario de su nacimiento (13). Ese estudio nos servirá para las indicaciones ahora precisas.

Aunque *La Corte de los Milagros* no sea o no se titule «esperpento», Narváez, en Valle-Inclán, es una figura esperpéntica. «El esperpento —dice José F. Montesinos (14)— no es una inmersión en la vida o en un cierto medio; es nuevamente una evasión.» La posición de Valle-Inclán en el esperpento —según el mismo autor— es ésta: «Situarse en una perspectiva de *ultratumba,* muy problemática, por cierto, desde la que las gentes se vean como siluetas, como sombras, como muñecos...» Valle-Inclán sitúa a Narváez en esa perspectiva de ultratumba: le hace hablar en trance de muerte, «agitado por los fantasmas de la fiebre».

> Frente y al margen de la Historia —escribe el profesor Maravall (15)— Valle-Inclán cultiva no la intrahistoria..., sino esa antihistoria que es la tradición legendaria.

Valle-Inclán se basará, pues, en la leyenda de «el Espadón».

Para la doble raíz de su ánimo hostil respecto a Narváez nos sirve también de guía Maravall. Valle-Inclán se encuadró en el carlismo de la primera fase, y después, tras la crisis —que no fue apostasía, sino desilusión—, halló la salida del anarquismo. «Pudo ser —escribe Maravall— carlista o anteburgués y pasar a ser anarquista o antiburgués». De donde —advertimos nosotros— Valle-Inclán sitúa a Narváez, extremando el caso en el delirio de la fiebre mortal y partiendo de una doble y extrema negación.

Añadamos una última indicación. Valle-Inclán no ve —no conoce o no entiende— lo andaluz, y esto es muy importante cuando se trata de «el Espadón» de Loja. Acabada de leer la obra, Azaña anotó:

> ... en *La Corte de los Milagros* los personajes son muñecos inventados que hacen gestos... Vasto cuadro descriptivo, demasiado pintoresco y superficial... Los campesinos andaluces hablan en gallego valleinclanesco» (16).

---

(13) *La Corte de los Milagros,* en que figura Narváez, es la primera parte de *El ruedo ibérico* y se publicó, como va dicho, en 1927.

(14) JOSÉ F. MONTESINOS: «Modernismo, esperpentismo o las dos evasiones». *Revista de Occidente,* Homenaje a Valle-Inclán, Madrid, noviembre-diciembre 1966: 157 y 159.

(15) JOSÉ ANTONIO MARAVALL: «La imagen de la sociedad arcaica en Valle-Inclán», *Revista* y número citados: 233 y 251.

(16) AZAÑA: *Diario: 1927,* en *Obras completas,* II, Méjico, 1927: 878.

Julián Marías ha escrito:

> Hay que advertir que Valle-Inclán vacila frente a lo andaluz. No *vé* Andalucía y ésta no late con fuerza convincente en sus páginas... Valle-Inclán no se siente seguro en Andalucía... (17).

Narváez se muere.

> «El Espadón» de Loja, con garrafas en los pies, cáusticos en los costados, y en las orejas cuatro pendientes de sanguijuelas, íbase de este mundo amargo a todo el compás de sus zancas gitanas. En sopor, con hervores de pecho, sostenía inconexos diálogos, agitado por los fantasmas de la fiebre.

Narváez dialoga con Bodega, con Juan Bodega, el humilde y fiel servidor de «el Espadón», a quien Valle-Inclán no designa por su apellido, y le hace llamar «Talega».

«Talega», con sus consejos simples y su lenguaje impropio de un viejo ordenanza, provoca una confesión política del moribundo. «Talega» dice:

> —Hay que dormirse y dejar cavilaciones. Otra cosa no recomiendan los doctores.

Narváez contesta:

> —Que les pongan un cencerro. ¡Revolución demagógica! No hemos sabido acabar la guerra civil. El abrazo (de Vergara) ha sido más falso que el beso de Judas. España pedía una sola política y se la hemos negado. ¡Carlismo sin sotanas! Carlismo de Carlos III. ¡España, mi España! ¡Negro todo y sin saber adonde vamos ninguno de los dos! ¡Talega, si me hubiese equivocado, qué enorme culpa!

Porque hay en el moribundo una conciencia política, delirante, sin duda, pero conciencia en definitiva. Valle-Inclán prosigue:

> Don Ramón María Narváez, duque de Valencia, grande de España, capitán general de los Ejércitos, Caballero del Toisón y presidente del Real Consejo, hacía su cuenta de conciencia. Miraba en sí, con mirada advertida, juntando la contemplación ascética con presagios y agüeros de gitano rancio. El señor duque de Valencia, en las sombras de la alcoba, fulminaba sus últimos reniegos con ojos lucientes de fiebre y la calva ceñida a lo majo por el gibraltarino pañuelo de seda.

Sus últimos reniegos tienen el mismo motivo:

> —¡Cuántas responsabilidades sobre mi conciencia! ¡Así no hubiese gobernado nunca esta Insula Barataria!

(17) JULIÁN MARÍAS: «Vuelta al 'Ruedo'», *Revista de Occidente* núm. cit., 183.

Lo sabemos. Y admiramos la paciencia infinita de Baroja en la busca de auténticos materiales históricos, base indispensable para su creación imaginativa. Y conocemos el estudio de los libros y la silenciosa escucha de testimonios personales a que Galdós procedió. Valle-Inclán, en *El ruedo ibérico,* imagina, sin cuidarse de apoyar «en la realidad un solo pie», según el consejo mínimo de Goethe.

Narváez, como andaluz, resulta gitano de raza o de carácter, estimación a la que no estorba una realidad bien conocida: era noble de sangre, descendiente de los reconquistadores de Andalucía. Conocemos la última enfermedad y la muerte de Narváez, libres de todo delirio de la mente.

Pero ahora hemos de aceptar, sin pretensiones críticas, la versión de Valle-Inclán. Es así como nos sirve. En trance de muerte y en pleno delirio, Narváez hace una importante manifestación histórico-política a favor del despotismo ilustrado. El Narváez moribundo es una conciencia que se examina y hace su cuenta.

Esas páginas literarias han sido acarreadas sin propósito histórico alguno, demostrativo o definitivo. Las manejamos solamente según una consideración ya hecha: la creación literaria superó, de una u otra manera, la leyenda, y replanteó el problema, ya resuelto u olvidado, de un Narváez sin historia.

Se bastaría para el replanteamiento una coincidencia, acaso negativa, de los tres autores al situarlo políticamente. El Narváez joven de Baroja se enfrenta vitalmente con Alfonso Pérez del Pulgar, rival en amor y en política, combatiente carlista. El Narváez gobernante de Galdós lucha con las fuerzas que encarna y capitanea el conde de Cleonard, fanático y absolutista. El Narváez moribundo de Valle-Inclán se confiesa partidario, en la Historia y ante la eternidad, de la política de Carlos III.

La leyenda, aunque tenga sus motivos reales —los tiene en el caso de Narváez—, pertenece, según la observación registrada de Maravall, a la antihistoria y no debe cerrar el paso a la historia auténtica. Ese paso fue abierto —como va dicho— por la literatura. La creación literaria alumbró un personaje complejo, bien alejado al simplicísimo de la leyenda.

El recurso a la Historia se reduce aquí al acarreo de una carta de «el Espadón» que contiene una confesión personal muy espontánea. Carece de fecha; está escrita con vehemencia a medianoche. Contesta a un amigo personal y político, el bondadoso don Luis Mayáns. No

conocemos —no conoce el autor de esta página cuando la escribe— el texto de Mayáns. Su contenido se deduce de la respuesta (18).

Mayáns pide a Narváez que interceda cerca de don Lorenzo Arrazola, ministro de Gracia y Justicia, en favor de un viejo adversario, don Salustiano de Olózaga. Narváez atiende al requerimiento con toda decisión. Es medianoche —dijimos— cuando puede poner manos a la obra; envía a Mayáns una carta para Arrazola, pero le escribe también directamente para que don Lorenzo no crea que él (Narváez) quiere salir del paso.

Mayáns seguramente le ha insinuado algún recelo de Olózaga respecto a esta gestión, puesto que Narváez escribe:

> En ello (el éxito de su intervención) tendré grande satisfacción porque deseo vivamente complacer al señor don Salustiano: si éste me conociera bien, no habría dudado de mis sentimientos respecto a él.

Olózaga atraviesa una situación de desgracia, puesto que acude a Narváez, aunque sea a través de Mayáns. Narváez se abre generosamente para el desgraciado:

> —Yo aprecio y estimo al señor don Salustiano, y si lo sucedido puede causar alguna variación es para estimarle más y desear con mayor fuerza darle pruebas de amistad.

Acaso Mayáns lo sepa; quizá convenga que Olózaga lo conozca; en todo caso, Narváez se cree obligado a una explicación de su conducta o de su carácter:

> —Yo riño cuando mi deber o la necesidad me obligan: pero un momento después, amo a aquel con quien me haya dado de estocadas, y muchas veces me han dolido a mí más las que he dado que las que he recibido. Estos sentimientos se comprenden con dificultad, pero yo los tengo muy profundos en mi alma.

JESUS PABÓN

Tajo, 4
MADRID

(18) La carta de Narváez a don Luis Mayáns se guarda en la Real Academia de la Historia, Archivo de don Natalio Rivas, Epistolario, siglo XIX, sign. 11-8937.